

IDENTIDAD Y ALTERIDAD EN EL IMAGINARIO UTÓPICO AMERICANO

LUCAS E. MISSERI
(UNLa - CONICET)

RESUMEN

En este trabajo se busca indagar en las relaciones entre la construcción simbólica de América y la tradición del pensamiento utópico. Se parte de la conjetura de que hay un doble movimiento dialéctico entre las nociones de identidad y alteridad en la utopía, que pone en juego distintos modos de relación de los imaginarios sociales en torno a la identidad europea y americana. Europa se reinventa con sus utopías y América permanece indisociablemente ligada al nacimiento de la utopía como género literario al punto de que adopta la utopía y la resignifica con un sentido más práctico que literario.

PALABRAS CLAVE: funciones utópicas, utopías literarias, utopías prácticas.

ABSTRACT

The paper analyses the relationship between the symbolic construction of America and the tradition of utopian thinking. Its starting point is the assumption that there is a double dialectical movement between the notions of identity and otherness in the utopia, with different interconnections of the social imagination regarding the European and the American identity. Europe reinvents itself through its utopias and America remains inextricably related to the birth of utopia as a literary genre, adopting and re-signifying it more in a practical than in a literary sense.

KEYWORDS: Utopian Functions, Literary Utopias, Practical Utopias.

Introducción

Existe una íntima relación entre la construcción simbólica de América y la tradición del pensamiento utópico. Este trabajo busca

indagar cómo y en qué medida ambas se ven imbricadas, partiendo de la conjetura de que hay un doble movimiento dialéctico entre las nociones de identidad y alteridad en la utopía, que pone en juego distintos modos de relación de los imaginarios sociales en torno a la identidad europea y americana. Europa se reinventa con sus utopías y América permanece indisociablemente ligada al nacimiento de la utopía como género literario al punto de que abraza a la utopía y la resignifica con un sentido más práctico que literario.

En el primer movimiento, el nuevo continente se convierte en recipiente del imaginario utópico europeo, al tiempo que conserva elementos de una tradición histórica previa a la aparición de la obra de Moro en 1516. Esta cuestión será el tema de la sección segunda de este trabajo: “Europa mira a América con ojos utópicos”. En cambio, el segundo movimiento dialéctico se da cuando los propios americanos se insertan en la tradición del pensamiento utópico, ya no como utopianos sino como utopistas, cuestión que se analizará en el punto tres “América se mira a sí misma con ojos utópicos”.

El trabajo está estructurado, pues, en tres secciones, la primera constituye un esclarecimiento terminológico de los conceptos de utopía, identidad y alteridad. La segunda se aboca a mostrar cómo la tradición utópica europea se apropió de América entendida como el *topos* donde lo implausible deviene posible. Por último, se exploran algunos imaginarios sociales precolombinos y el modo en que éstos se integran, reinterpretados, en la tradición utópica continuada por los nuevos americanos.

1. La utopía como *alter et idem*

En principio es necesario definir qué se entiende por utopía. Desde su acuñación por Tomás Moro alrededor del año 1516 el término “utopía” estuvo marcado por la polisemia. Algunos autores consideran que es una cualidad que le quiso dar el mismo Moro, Dado que “utopía” tendría un doble origen: “*outopia*” y “*eutopia*”. Estas dos palabras griegas latinizadas significarían no-lugar y buen-lugar. Para otros autores se subrayan en su génesis las dos nociones características de la utopía: la irrealizabilidad y la perfección. No obstante, el término fue variando desde el siglo XVI a nuestros días. Entre los primeros en adjetivarlo estuvieron los franceses que, siguiendo a Rabelais, emplearon el término “*utopique*”

extendiéndolo a cualquier proyecto imaginario de una sociedad. Posteriormente, los alemanes emplearon un término sinónimo al de utopía, tal como en latín ya se había usado el de *Optima Respublica*, el de *Staatsroman* o novela de Estado¹. En el siglo XIX el sustantivo y el adjetivo, a partir de la crítica a los socialistas franceses e ingleses hecha por Marx y Engels, los dos términos serán asociados a fantasías inútiles y a quienes creen en quimeras.

Podría decirse que, hasta el presente, esa es la evolución lingüística de los dos términos. Sin embargo, los conceptos de “utopía” y “utópico” tuvieron una evolución distinta en los ámbitos exclusivamente teóricos. Un gran número de estudiosos tanto del campo de la filosofía como de los de la sociología, la historia y las letras abordaron el fenómeno utópico lo cual contribuyó a que se multiplique la extensión semántica de esos conceptos, además de la aparición de nuevos términos como “espíritu utópico” o función utópica (este último tan caro a un especialista argentino en la temática como es Arturo Roig). Llegado a este punto, son esclarecedores dos aportes: por un lado, el del historiador y sociólogo polaco Bronisław Baczko y por el otro, el del doctor en letras belga Raymond Trousson con un enfoque centrado en la literatura. El primero hace una excelente clasificación de las distintas perspectivas que se toman para abordar el mencionado fenómeno²:

- Las investigaciones que toman a la utopía como un género literario, principalmente novelístico y estudian su historia, sus técnicas, sus influencias y sus variantes. El ejemplo de este enfoque lo constituyen: Alexandre Cioranescu, Raymond Trousson y Vita Fortunati, entre otros.
- Las que estudian el pensamiento utópico como un todo más amplio, seleccionando aspectos generales de esa forma particular de reflexión y cómo la misma se manifiesta de diversas formas en la historia de la humanidad. El investigador *par excellence* de este enfoque fue el Frank Edward Manuel junto a su esposa, Fritzie Manuel.

¹ Sin embargo, el concepto literario de *Staatsroman* está influido también por un género afín a la utopía aunque distinto de ella: el espejo de príncipes (*Fürstenspiegel*). Ejemplos de este último género lo constituyen el *Reloj de príncipes* de Antonio de Guevara e *Il principe* de Maquiavelo.

² BACZKO, B. (2005) *Los imaginarios sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión. Trad. P. Betesch. Pp. 79-80.

- Las que ponen el acento en las utopías llevadas a la praxis tomando como objeto de estudio comunidades concretas que pretenden materializar un ideal social. Para ello historiadores y sociólogos analizan sus instituciones y relaciones sociales.
- Las que apuntan al estudio de los materiales simbólicos de las utopías entre ellos reconocen dentro de estas los mitos sociales, las otras formas de imaginarios, la influencia histórica y la religiosa.
- Por último, las investigaciones de “períodos calientes” de la utopía esto es, aquellos períodos particulares de la historia en los cuales la producción utópica se ha visto acrecentada de forma desmesurada. Un ejemplo de estudios de este tipo lo constituyen el del propio Bronisław Baczko sobre el iluminismo francés: *Lumières et utopie* (1979) y el de James Colin Davis sobre la eclosión utópica de Inglaterra entre 1516 y 1700: *Utopia And The Ideal Society* (1981).

En cuanto al segundo, Trousson, es el mayor exponente del primer enfoque (que se privilegia en este trabajo), puesto que tiene una gran ventaja a la hora de establecer distinciones conceptuales. Para Trousson, siguiendo al especialista en literatura comparada Alexandru Cioranescu, hay que distinguir el utopismo de la utopía. Dentro del término “utopismo” se incluyen los cinco enfoques señalados por Baczko, o sea utopismo es equivalente a “utopía en sentido amplio”, una forma de aludir al modo de pensamiento³ que subyace a cada uno de los enfoques bajo los cuales puede analizarse el fenómeno utópico. En cambio, la “utopía en sentido estricto” referiría al género literario con sus regularidades y determinaciones que lo diferencian de otros géneros como la robinsonada, el espejo de príncipes, la cucaña, la arcadia, etc. De esta forma el adjetivo utópico puede hacer referencia tanto al modo como al género, pero “utopía” se reserva exclusivamente para el género literario. Por

³ TROUSSON, R. (1995). *Historia de la literatura utópica*. Barcelona: Península. Trad. C. Manzano, p. 38. Según Trousson el término fue acuñado por Alexandre Cioranescu, especialista franco-rumano en literatura comparada para definir la esfera más amplia que incluye al género literario pero que a la vez se aleja formal y teóricamente de la utopía de Moro. Cioranescu, a diferencia de Trousson, es excesivamente riguroso a la hora de aplicar el rótulo de utopía, el cual según su punto de vista no le cabe a autores como Platón. Cf. CIORANESCU, A. «Utopía: Edad de Oro y Cucaña» Revista *Diógenes*, Nº 71.

tanto para Trousson, exponente del primer enfoque, la utopía se evidencia:

...cuando, en el marco de un relato (lo que excluye los tratados políticos), figure descrita una comunidad (lo que excluye la robinsonada), organizada según ciertos criterios políticos, económicos, morales, que restituyan la complejidad de la vida social (lo que excluye la edad de oro y la arcadia), ya se presente como ideal que realizar (utopía constructiva) o como previsión de un infierno (antiutopía⁴ moderna) y se sitúe en un espacio real o imaginario o también en el tiempo o aparezca, por último, descrita al final de un viaje imaginario, verosímil o no⁵.

En cuanto a los conceptos de identidad y la alteridad de la utopía como términos asociados ya aparecen en la sátira utópica *Mundus alter et idem*⁶ (1605) del inglés Joseph Hall quién firmaba con el pseudónimo de “Mercurius Britannicus”. Pero hay que cuestionarse si esta asociación es válida o no según se responda a la incógnita sobre si las sátiras utópicas son ellas mismas utopías o no. Aplicando la definición de Trousson se puede decir que cumplen con todos los requisitos salvo con el de “ideal a realizar” o “previsión de un infierno”. Dado que la Tierra de los Ebrios o de los Locos son sólo burlas de obras anteriores y de Estados contemporáneos al autor⁷.

Sin embargo, la inclusión o exclusión dentro del género utópico es un problema que excede los límites de este trabajo. Lo relevante a destacar de esta obra que tiene elementos utópicos es la distinción entre *Mundus alter* y *Mundus idem*. El primero hace

⁴ En este estudio se preferirá el término distopía (J. Stuart Mill) o cacotopía (J. Bentham, 1818) en lugar de antiutopía o contrautopía porque estos últimos conducen al equívoco de considerarlos por fuera de la tradición utópica. Por otro lado, se reserva el término eutopía (T. Moro, 1516) para lo que Trousson denomina utopías constructivas.

⁵ TROUSSON, R. *Op. Cit.*, p. 54.

⁶ El título completo es *Mundus alter et idem, sive Terra australis antehac semper incognita, longis itineribus peregrini academici nuperrime lustrata* fue editado por H. Lowness y publicado en Londres en 1605. Nótese la referencia a la Tierra Austral.

⁷ La Tierra de los Ebrios hace referencia a Alemania y la de los Locos a Tomás Moro. Recuérdese la relación entre *Morus* (latinización del apellido More) y *Moria* (locura) ya notada por Erasmo quien le dedica a su amigo inglés su *Encomium Moriae*.

referencia a la *Terra Australis* antes desconocida (América) y el segundo a Europa. Pone de manifiesto el juego dialéctico entre la identidad y la alteridad. América va a ser lo Otro por antonomasia para la tradición utópica europea. Eso otro que como señala Hall tiene algo similar al otro mundo, Europa. Esta relación será tratada en la sección siguiente.

Es necesario notar la dificultad intrínseca que presentan las nociones de identidad y alteridad. El principio de identidad atribuido a Parménides y subrayado por Aristóteles como uno de los tres principios lógicos es complejo por su excesiva sencillez: X es igual a X, todo es idéntico a sí mismo. Si uno tiene en cuenta el principio de los indiscernibles de Leibniz tiene que aceptar que la identidad se da en grados, porque si dos cosas son exactamente idénticas son lo mismo.

Por estas razones es que se habla de juego dialéctico porque los grados de identidad varían sobre todo en una tradición de pensamiento tan extensa como la utópica que puede considerarse que aparece en Grecia entre los siglos V y IV a.C. con Hipodamo de Mileto, Evémero, Yámbulo y Platón, se convierte en género literario en el siglo XVI y continúa con notables cambios de paradigma (ucronías, distopías, etc.) hasta el presente. Intuitivamente se tiende a relacionar a la utopía con lo Otro, pero es un “otro” que se genera por oposición de lo propio. Por eso Graciela Fernández distingue dos funciones insoslayables en toda utopía: la función crítica y la función fictiva⁸. La crítica da el material para la ficción. Al igual que Fernández el ensayista uruguayo Fernando Aínsa afirma que:

La utopía es siempre dualista en tanto concibe y proyecta una contra-imagen cualitativamente diferente de las dimensiones espacio-temporales del presente⁹.

La utopía no se limita a ser la construcción imaginaria de un mundo posible, sino que es una forma de percibir y analizar la realidad contemporánea¹⁰.

⁸ Cf. FERNÁNDEZ, G. (2005). *Utopía*. “Contribución al estudio del concepto”. Mar del Plata: Suárez.

⁹ AÍNSA, F. (1999) *La reconstrucción de la utopía*. Buenos Aires: Del Sol. Pág. 37.

¹⁰ *Id.* pág. 50.

En el siguiente apartado se expondrán las relaciones la utopía y América entendida como el *topos* utópico por excelencia, donde lo posible deviene realizable y “realizado”.

2. Europa mira a América con ojos utópicos

La utopía surge con el descubrimiento de América. América, concebida por el europeo como espacio vacío y disponible, incita a la idea de utopía. Utopía y América son términos íntimos, históricamente gemelos porque nacen simultáneos y se implican mutuamente.

Graciela Scheines. “De la utopía del Nuevo Mundo a la utopía del fin del mundo”¹¹.

Lo que afirma Scheines en este epígrafe es difícil de rebatir, sólo alguien que no aceptase el enfoque elegido en este trabajo podría discutirlo. Por ejemplo, alguien que no considerase a la utopía como un género literario que nace con Moro y mencionase el papel de la Atlántida en Platón o las Islas Afortunadas en el imaginario antiguo. No obstante, esa objeción debería negar a la utopía algunas de sus características más destacadas: el racionalismo extremo y el antropocentrismo.

En la Atlántida platónica hay un dejo de nostalgia que se asemeja a otro tipo de imaginario social: la Edad de Oro¹². Es un imaginario que sitúa a la sociedad perfecta en el pasado. En cambio, las islas afortunadas están insertas en una visión teocéntrica, sólo los dioses permiten hallarlas. Ambas concepciones están lejos de la utopía; en la cual la sociedad perfecta se da como un hecho del presente, un hecho lejano pero no en el tiempo sino en el espacio y fruto de la voluntad humana (la figura del legislador es notable). Sin embargo, a pesar de que estos contraejemplos fallidos conforman otro tipo de imaginario social ambos comparten con la utopía dos características: la lejanía y la insularidad. También puede destacarse

¹¹ En: FORTUNATI, V., STEIMBERG, O. y VOLTA, L., compiladores. (1994) *Utopías*. Buenos Aires: Corregidor. Pág. 139.

¹² DAVIS, J. C. (1985). *Utopía y sociedad ideal*. México: FCE. Trad. J. J. Utrilla.

la mirada Europea hacia el Atlántico, pasando las tierras de Atlas (el actual Marruecos). Cioranescu afirmó que las islas afortunadas o bienaventuradas solían ser situadas por los geógrafos griegos en las atlánticas islas Canarias¹³.

Volviendo al género, con Tomás Moro se sitúa la Utopía por primera vez en América, en una isla que algunos consideran hoy sería Cuba con toda la carga ideológica que implica esta asociación, aunque Moro se encarga de no dejarlo claro. Es notoria la referencia a Américo Vespucio ya que el interlocutor principal del diálogo que lleva por nombre *Utopia* es Rafael Hitlodeo, acompañante ficticio del marino italiano.

En la *Civitas Solis* (1623) de Tommaso Campanella y en la póstuma *Nova Atlantis* (1627) de Francis Bacon se hallan dos casos diferentes al de Moro. Campanella sitúa su Ciudad del Sol en Trapobana, identificada con la actual Sri Lanka y Bacon establece un nuevo continente en la isla de Bensalem. El objeto imaginario, al que se aludió al principio, podría cuestionar cómo se vinculan estos dos importantes autores con América. Graciela Scheines señala con respecto al primero la resistencia europea a ver en América un continente nuevo y suele considerársela como dos grandes islas de Asia¹⁴. Esto explicaría como Bacon identifica una de las islas con la Atlántida platónica, la cual incurre en pecado y sufre un diluvio que deja a los atlantes en un estado precario asociado a la niñez de la humanidad. Reservando la otra isla para su Nueva Atlántida, Bensalem, la tierra de santos donde reinan la caridad, el conocimiento y el aislamiento.

Quedaría el caso de Campanella, del cual Scheines afirma que antiguamente se ubicaba, en los mapas, a la isla de Trapobana donde posteriormente se ubicaría a América¹⁵. A esto podría objetarse que Yámbulo ya en el siglo III a.C. había identificado su Heliópolis (Ciudad del Sol) con la isla de Trapobana. Algunos autores argumentan que Campanella tuvo acceso a los fragmentos de Yámbulo citados por Diodoro Sículo y otros como Francesco

¹³ CIORANESCU, A. *Op. Cit.*

¹⁴ SCHEINES, G. *Op. Cit.* Pág. 138.

¹⁵ *Id.*, pág. 140.

Grillo lo niegan¹⁶. Sin embargo, lo que no se puede negar es la importancia del hecho del descubrimiento de América el cuál resalta Campanella en varias de sus obras y la incluye como parte de su proyecto universal de “un pastor y una grey”. Es decir, un Estado universal regido por el Papa y apoyado por España en un principio y por Francia en los últimos años de vida del autor.

Lo que ningún objeto imaginario puede negar es que el descubrimiento de América despertó la imaginación utópica de los europeos brindando un espacio ideal, vacío de contenido simbólico para ser llenado con añoranzas que ya tenían una larga tradición. América es la posibilidad extrema y la Utopía es el bienestar llevado al extremo de lo posible. América compartirá junto con Australia el puesto de escenario ideal para las utopías europeas. No obstante, el socialismo utópico del siglo XIX con autores como Étienne Cabet inclinará la balanza hacia la primera al no sólo escribir una utopía en sentido estricto (*Voyage en Icarie*, 1840) sino al intentar materializarla en Norteamérica con sus comunidades de Nauvoo y Saint Louis.

De este modo la utopía rebasó la esfera literaria para pasar de la ficción a la acción. Algo previsible dado que la publicidad utópica de América alentó a lo que Servier denomina “utopías prácticas”¹⁷. En adición a esto, los propios criollos internalizaron concepciones utópicas de su continente y abrazaron la tradición utópica pero de un modo particular. Ambos temas se tratan a continuación.

3. América se mira a sí misma con ojos utópicos

Esta «objetivación» de la utopía en territorios americanos llevó, paralelamente, a que los conquistadores y los cronistas que los acompañaban buscaran sus indicios «reales» en los mandos inéditos que iban abordando.

¹⁶ GRILLO en su libro *Campanella e Dante* afirma que el filósofo calabrés elige el nombre Ciudad del Sol no influido por Yámbulo sino por las metáforas lumínicas del Paraíso de Dante Alighieri en la *Commedia*.

¹⁷ SERVIER, J. (1996) *La Utopía*. México: FCE. Trad. E. C. Zenzes. Pág. 13. Servier diferencia las “utopías prácticas” de las “utopías escritas”. También suele denominarse a las utopías prácticas “utopías-proyecto”. Algunos autores como Étienne Cabet lograron aunar en su vida las dos clases de utopías.

Fernando Aínsa, "Los buscadores del Paraíso"¹⁸.

Se destaca en el epígrafe de Aínsa una de las formas en las que lo americano se introdujo en la tradición utópica. En principio, se hace notar que fue una necesidad de verosimilitud y de convencimiento europea, buscaban en el Nuevo Mundo los ecos del ansiado paraíso. Algunos autores muestran como el primer imaginario con el que se asoció a América fue el del paraíso (Colón, Vespucio). Esto contribuyó a la mitología americana, la cual como señala Aínsa es de carácter mestiza, recupera ideas amerindias pero sus narradores suelen ser europeos. De la comunión entre la búsqueda del paraíso y América se generaron dos mitos: por un lado, la fuente de juventud, agua de vida, juventud e inmortalidad y el mito del buen salvaje.

Es decir, los europeos interpretan lo que ven con los ojos de un creyente. Sus exégesis edénicas reinterpretan toda la geografía y las comunidades autóctonas americanas como fenómenos del ansiado lugar. A esta perspectiva de fe se le añade la perspectiva de ambición. Ésta también fue muy fructífera en la creación de mitos nefastos para los americanos. Como expone Irma Cuña de Silberstein el deseo frenético de oro y plata unido a los relatos incas contribuyó a generar los mitos de "El Dorado", "La Sierra de Plata y el Rey Blanco" y la "Ciudad de los Césares"¹⁹.

Sin embargo, ambas perspectivas a pesar de recuperar elementos americanos siguen siendo puntos de vista europeos. Será recién con los mapuches y los guaraníes influidos por la escatología cristiana cuando se darán las primeras manifestaciones americanas con cierto dejo utópico. Estas son la "Ciudad de los reyes antiguos" y la "Tierra sin Mal". De la primera se ha ocupado la antropóloga alemana Bertha Kössler-Ilg, quien recogió la tradición oral de los amerindios de la Patagonia. En ciertas canciones se identifica la figura de un Inca (*Inga*) y el maleficio (*ueküfetun*) que cayó sobre la ciudad (*uaria*) con iglesias y cruces del que será liberada sólo al final de los días. Se nota por un lado, el castigo por abandonar las tradiciones propias, pero a su vez, la esperanza de redención con el

¹⁸ AÍNSA, F. (s/d) "Los buscadores de la utopía", [s/d]. p. 141.

¹⁹ CUÑA DE SILBERSTEIN, I. Epilogo: "América Latina: ¿utopía o realidad?" en: MOREAU, P.-F. (1986) *La utopía*. "Derecho natural y novela del Estado". Buenos Aires: Hachette.

nuevo reinado de Nguenechén. Irma Cuña hace notar que el dios mapuche tradicional era el Gran Padre (*Chao*) y que Nguenechén surge al tiempo que se difunde el cristianismo entre ellos²⁰.

Por su parte, el historiador de las religiones rumano Mircea Eliade abordó en un artículo titulado “Paraíso y Utopía: geografía mítica y escatología” dos manifestaciones americanas del mesianismo ligadas al pensar utópico: la norteamericana y la de los tupi-guaraníes. Para este trabajo interesa particularmente la segunda. Eliade siguiendo al etnólogo brasileño Curt Nimuendaju analiza el mito del *Yvy-mará-ey* (País-sin-mal). El rumano ve en este país imaginario uno de los ejemplos más notables de lo que denomina el “pesimismo indio”. El fin del mundo devendrá no por el cansancio de la tierra, la única posibilidad de salvación está en el País sin mal, un paraíso concreto en la misma tierra. El investigador considera que los tupi-guaraníes reinterpretaron la escatología cristiana sin abandonar su cosmovisión particular:

El mito y la búsqueda del País-Sin-Mal existía entre los tupi-guaraníes mucho antes de la llegada de los portugueses y de los primeros misioneros cristianos. El contacto con los conquistadores exacerbó la búsqueda del paraíso, le dio el carácter urgente y trágico –o incluso pesimista– de una huida desesperada de un cataclismo cósmico; pero no fue el contacto con los conquistadores lo que inspiró la búsqueda²¹.

Otro caso de utopías americanas es el de los sacerdotes cristianos como directores y diseñadores de comunidades amerindias. Lo que Aínsa da en llamar “la edad dorada de la Iglesia Indiana” que incluye las experiencias de utopías prácticas como las de Pedro de Córdoba y su búsqueda de una “república teocrática indo-cristiana”, Bartolomé de las Casas con su debate en torno a los derechos de la nación indígena y el obispo Vasco de Quiroga con

²⁰ *Id.*, pág. 170.

²¹ ELIADE, M. “Paraíso y Utopía: geografía mítica y escatología” en: MANUEL, F. E., compilador, (1982). *Utopías y pensamiento utópico*. Madrid: Espasa-Calpe. Trad. M. Mora. Pág. 332.

sus aldeas-hospitales “Santa Fe” inspiradas en la obra de Tomás Moro²².

Aínsa también destaca en su apartado la búsqueda de la propia utopía junto a la independencia y la construcción de la identidad nacional de los Estados latinoamericanos. Entre ellos nuevamente la búsqueda de la unificación entre lo europeo y lo americano y los proyectos de restablecer al Inca como soberano (v. gr. M. Belgrano y otros). Lo mismo el proyecto sarmientino de Argirópolis para la construcción de una ciudad ideal en la isla de Martín García.

En estos ejemplos se nota la característica primordial de la mirada utópica americana. Su perspectiva es más ucrónica que utópica, dado que el americano se reconoce como habitante del topos utópico, él mismo recupera la noción de América como posibilidad. La utopía americana es eminentemente práctica, es una utopía-proyecto, una utopía de la realización. Dicha realización puede pretenderse como posible *hic et nunc* o en un futuro lejano (*u-chronos*). Sin embargo, la praxis es indisociable de la noción americana de utopía.

Podría citarse dos contraejemplos que serían las utopías libertarias argentinas de Pierre Quiroule y de Julio Dietrich. Ambos conciben dos “utopías escritas”. Ambas son ucronías al estilo de Louis-Sebastien Mercier (1771), el primer autor de una ucronía²³, aunque en un período de tiempo muchísimo menor entre la fecha real de escritura y la fecha fictiva del relato. No obstante, para Quiroule y Dietrich sus utopías eran manifiestos de sus ideales, y para el primero una anticipación de la inevitabilidad histórica. Creían firmemente en sus proyecciones y probablemente hubieran despreciado el mote de “utopistas”. Algo notable es que Quiroule llama a su sociedad ideal “El Dorado”.

²² AÍNSA, F. (1999) *La reconstrucción de la utopía*. Buenos Aires: Del Sol. Pág. 143.

²³ El término “ucronía” fue acuñado un siglo después de la obra de Mercier por Charles Renouvier en su obra homónima (1876) con la finalidad de denominar a la historia contrafáctica. Por extensión se suele considerar a las utopías proyectadas a futuro ucronías.

Consideraciones finales

En general, toda emigración in terram utopicam se proyecta más allá de la res finita en base a la esperanza de encontrar lo "nuevo-posible", el novum que está latente en la realidad del "otro lugar"²⁴.

Fernando Aínsa, *La reconstrucción de la utopía*.

En el presente trabajo se ha intentado mostrar las vinculaciones entre la Utopía y América. Desde la América como objeto de la utopía (*topos* utópico) y como sujeto de la utopía (utopista o como dice Aínsa *homo utopicus*). Se cree encontrar una clave hermenéutica en las nociones tan caras a la filosofía de identidad y alteridad. Mostrando como América es el *mundus alter et idem*, es lo Otro utópico que se asemeja a los deseos europeos de una sociedad ideal. En su búsqueda de identidad el americano lucha por eliminar la alteridad de su ser, es decir, desea construir su propio ser. En su identidad conserva un elemento primordial la posibilidad de la utopía. Abandona el elemento de alteridad pero no el utópico. Lo cual deviene en un mandato de realización, la utopía es posible.

Sin embargo, desde fines del siglo pasado la utopía parece no tener lugar en este mundo o por lo menos en este período histórico. Autores como Zygmunt Bauman se encargan de señalarlo²⁵. Se afirma que la utopía es insular y territorial a la vez, dos cosas que son difíciles de mantener en la era de la globalización. Sin embargo, autores como Fernando Vallespín Oña consideran que la territorialidad a pesar de los capitales virtuales y las multinacionales sigue siendo relevante para los Estados²⁶. Por otra parte, la insularidad no es necesariamente geográfica, sino puede ser el aislamiento del individuo, aunque esto no es un valor positivo en ningún sentido.

²⁴ AÍNSA, F. *Op. Cit.* Pág. 46.

²⁵ BAUMAN, Z. "Utopia with no topos" en: *History of the Human Sciences*. Vol. 16. No. 1. SAGE: London, pp. 11-25.

²⁶ Cf. VALLESPÍN, F.. (2000) *El futuro de la política*. Cap. II "El Estado Postsoberano". Madrid: Taurus, pp. 91-158.

Cómo destaca el ensayista uruguayo todo destino del migrante es la tierra utópica, es la posibilidad. Así como en una etapa los europeos venían a “hacerse la América” hoy los americanos van a “hacerse la Europa” y proyectan sus sueños de un futuro mejor en ese otro lugar.

Pero este no es el camino para una verdadera reconstrucción de la utopía. La isla, la verdadera isla es la Tierra entera. Desde el pensamiento de Campanella y Comenius en el siglo XVII y Wells a principios del XX la utopía deviene global. Las esperanzas del *homo utopicus* se hallan en una concepción omniabarcativa de la humanidad, que trascienda los conflictos económicos y religiosos que la fragmentan.

Con el Renacimiento y el siglo de las Luces se atendió al desarrollo y la eclosión de la utopía en sentido estricto (el género literario). Con las ucronías del siglo XVII, el socialismo utópico del XIX y los proyectos de comunidades en América el género se adaptó a un nuevo paradigma: la utopía práctica o utopía-proyecto. Sin embargo, esos proyectos eran microproyectos que incluían en el mayor de los casos a una reducida parte del continente americano. Con su aporte de utopías prácticas a la tradición utópica los autores latinoamericanos, hijos de la utopía posible, pueden contribuir a la reconstrucción del utopismo adaptando el género al universalismo. Un universalismo muy adecuado para el crisol de etnias que es América. En América reside aún el espíritu utópico y la literatura es una de las mejores formas de difundirlo al orbe entero.